

Cambios de orden de palabras en inglés ¿cambio de perspectiva del hablante al oyente?¹

Enrique BERNÁRDEZ
Universidad Complutense

ABSTRACT

This paper considers some theoretical problems of word-order typology from a cognitivist and Catastrophe-theoretical perspective. In the first part, word order is taken to be determined by the interaction of a set of parameters, and the notion of "basic order" is rejected as lacking a realistic basis. In the second part, the changes in word order from Old English to Modern English are briefly studied from the point of view sketched in the first part. What we seem to find is a change in the active parameters determining order, these being considered as having a natural character deriving from the conditions of the producer *vs.* those of the receiver. The pattern is understood in terms of a change from a speaker-oriented to a receiver-oriented language. The ultimate reason may lie in the new situation characterizing the Late Old and Early Middle English periods: the written language becomes progressively free from the spoken variant in a situation of bi- or multilingualism where language comprehension is made more difficult, which leads to the preference towards a more receiver-oriented form of language.

1. TIPOLOGIAS BASADAS EN EL ORDEN DE PALABRAS

1.1. La clasificación de lenguas en tipos definidos por el orden de palabras permite comprender diversos aspectos sintácticos aunque aún no se ha hallado una explicación definitiva al porqué de los rasgos universales en la ordenación, así como a la infrecuencia o incluso inexistencia de determinados conjuntos de ordenación (cf Hawkins 1983). Las numerosas co-

relaciones identificadas sobre un número cada vez mayor de lenguas (cf el extensísimo y completo corpus de Dryer 1992) precisan de la identificación de principios responsables de esas posibilidades de ordenación, principios que suelen ser de carácter funcional como en los trabajos de Moreno Cabrera (1990a, 1990b, 1991), Givón (1984, 1985), Mallinson & Blake (1982), Siewierska (1988), Dik (1989), Tomlin (1986) y otros muchos; o de base sintáctica pero susceptibles de interpretación funcional por tener fundamentos cognitivos, como las propuestas de Rögnvaldsson (1990) o Dryer (1991, 1992). Tales principios pueden ser uno solo, como la *branching direction theory* de Dryer (1992) o muchos, como en el modelo de Dik (1989). Pero aunque hoy día vemos con mucha más claridad el funcionamiento de la ordenación de elementos lingüísticos (Croft 1990), estamos lejos de poder explicar adecuadamente la situación de las diversas lenguas.

Lo mismo puede decirse, en grado mayor si cabe, respecto a los cambios históricos en el orden de palabras. Pese al interesantísimo trabajo ya realizado quedan numerosas dudas acerca de los motivos del cambio, seguramente porque éste depende de los mismos parámetros o principios que determinan el orden sincrónico y que aún no están perfectamente elucidados. Algunos de los principios propuestos no parecen utilizables para explicar el cambio, como sucede con los tres presentados por Tomlin (1986): TFP (Theme First Principle), VOB (Verb-Object Bonding) y AFP (Animated First Principle). La realización de los tres, que se encuentra en las lenguas SOV y SVO, representa un «óptimo funcional» mientras que VSO realiza sólo TFP y AFP; VOS sólo realiza VOB (de ahí su escasa frecuencia) y OSV (tipo al que no pertenece ninguna lengua de su corpus) no realiza ninguno. Pero es difícil encontrar motivos para que una lengua pase de un sistema funcionalmente óptimo a otro, tanto si el nuevo es menos adecuado funcionalmente como si es equivalente, como en el paso de SOV (i.a.) a SVO (i.mod.). Una vez alcanzado un óptimo funcional, es decir cognitivo, la lengua tendería a mantenerse en equilibrio (cf Nöth 1983). Tampoco está claro por qué se opta por realizar o, sobre todo, por dejar de realizar uno de los principios. Éstos, por tanto, no irían más allá de lo descriptivo. Lo mismo puede decirse de otros principios propuestos.

De distinto tipo son las estrategias de ordenación propuestas por Steele (1975:243) a partir de su estudio de la posición de los modales, según las cuales el cambio se debería al conflicto entre la tendencia a ocupar la primera posición con diversos fines comunicativos y la tendencia a que los elementos gramaticales se agrupen con el verbo (cf los principios TFP y VOB de Tomlin). Esto es, el cambio sería fruto de una situación de inestabilidad, del conflicto entre tendencias que cumplen objetivos funcionales y comunicativos de importancia equivalente, lo que concuerda con las opiniones establecidas sobre el cambio lingüístico en general. Y no sólo con el lingüístico, porque todo cambio puede entenderse como una resolución de conflictos, como una búsqueda de equilibrio cuando se produce una ines-

tabilidad (cf Nöth 1983, Lüdtke 1980a y 1980b, Thom 1977, 1973 etc, Wagensberg 1989²). Al mismo tiempo, como ha puesto de relieve Nils Enkvist (1987, 1984), esa misma situación se da en el proceso de formación de textos. En general, parece que un enfoque cognitivista y funcionalista del lenguaje nos llevaría al conflicto entre estrategias (o principios, parámetros) que produciría situaciones de inestabilidad.

Esto es lo que encontramos también en la propuesta de Simon Dik (1980, 1989; Siewierska 1988, 1991), basada en unos presupuestos teóricos que coinciden con el planteamiento que seguimos aquí (Dik 1989: 337-338).

La explicación de los cambios de orden parece estar en la consideración de un conjunto de parámetros responsables de la ordenación que no llegan a producir una situación de plena estabilidad, esto es que contienen de forma necesaria un principio de conflicto; las distintas formas de resolver los conflictos darían lugar a: (a) ordenaciones distintas en lenguas diferentes; (b) la dinámica en la ordenación de elementos característica de (posiblemente) todas las lenguas, y (c) el cambio histórico. De este modo se puede lograr una visión del cambio en la ordenación de los elementos lingüísticos coherente con la que parece la visión más plausible del cambio, la que se apoya en la existencia de conflictos, y al mismo tiempo basada en los mismos principios responsables del funcionamiento sincrónico de las lenguas. Nos encontramos así dentro de una perspectiva dinámica del lenguaje, donde *dinamismo* debe entenderse tanto en sentido sincrónico como diacrónico, partiendo de idénticos principios cognitivos (cf Ballmer 1985).

Esta situación, por otra parte, puede entenderse en los términos de Teoría de Catástrofes³ como una situación caracterizada por una (relativa) estabilidad (dinámica) que se desequilibra y pasa a transformarse en otra por la interacción de un conjunto de parámetros, precisamente de una parte de los mismos parámetros que determinan su dinamismo «no-catastrófico». Es decir, en estos términos el cambio se podría entender como la transformación de un dinamismo (una *forma* dinámica) en otro en virtud de determinados valores adoptados por los parámetros que determinan el funcionamiento del dinamismo estructuralmente estable (Bernárdez 1992).

El resto de este trabajo se dedicará a una revisión de algunos fenómenos básicos de la ordenación de elementos lingüísticos y a ofrecer una propuesta preliminar para entender sus cambios históricos en el paso del i.a. al i.mod.

1.2. Ordenación en los diferentes niveles

El orden de los sintagmas en la oración, y de los constituyentes de los sintagmas, es variable; otros elementos de la lengua, en cambio, son invariables, como puede observarse en (1a) y (1b):

- 1 (a) *house beautiful
 (b) *house the in

En el nivel de la palabra, los cambios son imposibles: *s-table* NO ES una variante de *tables*, como [*lbiet*] no lo es de [*teibl*]. En el extremo opuesto, la libertad de ordenación es enorme, aunque ni siquiera en el nivel textual encontramos un «orden libre» o indiferente, como se aprecia en (2), donde el texto (a) es distinto al (b):

- 2 (a) He came into the room. The light was on.
 (b) The light was on. He came into the room.

El orden de los elementos en el texto es en gran medida *icónico*, está determinado básicamente por el orden de los sucesos de la realidad o, en el caso de textos descriptivos, por el «orden real de observación» al que se añade la perspectiva adoptada por el hablante, que permite alteraciones de ese orden icónico. Esta iconicidad puede observarse también en sintaxis oracional³.

La libertad de ordenación de los elementos del lenguaje depende de su grado de potencialidad comunicativa que, a su vez, está estrechamente relacionada con la realidad que se transmite mediante el lenguaje. Los elementos más próximos a la realidad (los textos) poseen un grado elevado de libertad; las oraciones, que raramente forman unidades comunicativas completas, lo poseen más bajo. No deja de ser interesante que el llamado *orden básico* de palabras sea identificable casi con exclusividad en la oración aislada y descontextualizada, es decir *no en uso*. En el momento en que tenemos en cuenta su función comunicativa comienzan los problemas. De ahí la distinción entre aspectos *formativos* («los diversos órdenes de palabras ... son exponentes de unos principios estructuradores...») e *informativos* («la disposición de los elementos significativos está regulada por el diferente peso informativo o grado de aportación de información que adquieren los elementos de la oración en el discurso») que establece Moreno Cabrera (1991:689). Pero esto nos lleva a la discusión acerca de la posibilidad de estudiar el lenguaje aisladamente de las condiciones de su uso, posibilidad rechazada por numerosos autores, desde Talmy Givón (1984, 1985) a Esa Itkonen (1983) o René Thom (1988): de acuerdo con el matemático francés, si la única razón de existencia del lenguaje es su uso, éste ha de determinar las características de aquél, como sucede en cualquier fenómeno natural. La forma concreta del lenguaje -como de cualquier otro fenómeno «finalista»- representa una opción entre un número de posibles formas adecuadas para esos fines, lo que explica la variabilidad entre, por ejemplo, órganos surgidos para un objetivo determinado.

Partiendo de los presupuestos tanto de la TC de Thom como de las propuestas de la lingüística cognitiva (cf Taylor 1989, Thom 1977), podemos entender la oración aislada como la variante caracterizada por un determinado valor de los parámetros que rigen su dinamismo, que permiten su utilización en un mayor número de situaciones de uso: la diferencia con

otras variantes *en uso* de «esa misma» oración radicaría por tanto sólo en los distintos valores de los parámetros. Pero ésto no quiere decir que la oración aislada sea una forma pragmáticamente neutra (= no afectada por los parámetros) mientras que en contexto (en uso) sí estaría sometida a parámetros pragmáticos determinados⁴: éstos intervienen siempre, como se pone de relieve en la construcción automática de contexto al percibir una oración aislada para proceder a su procesamiento (Belinchón et al 1992, Spiro et al 1980, Valle et al 1990, Vega et al 1990, Santa Cruz 1989). Según esto, no existiría nada parecido a una oración «no marcada» pragmáticamente, lo que imposibilita de hecho la aceptación de un *orden básico de palabras* según lo define Siewierska (1988:8). El *orden dominante*, entendido en términos estadísticos como el más frecuente, no coincide con el «básico» pero está más próximo a la perspectiva adoptada aquí, pues sí considera los factores comunicativos/pragmáticos (Siewierska 1988: 8-9). El orden de máxima estabilidad no tiene por qué coincidir exactamente con el dominante pues las condiciones comunicativas pueden ser tales que siempre se produzca un desequilibrio, pero se puede establecer la hipótesis de que ese orden dominante coincidirá estadísticamente con el de mayor estabilidad ya que éste corresponde, como hemos visto, a un mayor número de posibles situaciones de uso. Esto se relaciona evidentemente con el principio de iconicidad, pues es de esperar estadísticamente un grado relativamente elevado de iconicidad en la mayoría de los enunciados lingüísticos a fin de favorecer la comprensión. Pero si el grado de iconicidad es bajo en función de las conveniencias del productor, o cuando el receptor no puede identificar esa iconicidad por carecer del acceso a la realidad de que dispone el productor, el orden esperable no será el de mayor estabilidad. Y en determinados tipos de texto (escrito, por ejemplo) es esperable esta última situación, de modo que en ellos el orden dominante no será el de máxima estabilidad, el que corresponde a la oración aislada.

Si la variabilidad de ordenación disminuye del texto - como *lenguaje en uso* - a la oración -como *lenguaje en potencia de uso* si queremos, más exactamente como forma de máxima estabilidad-, el descenso se hace abrupto al considerar elementos no susceptibles -excepto en condiciones excepcionales- de uso comunicativo. La libertad de ordenación dentro de un sintagma es mucho más reducida que la del sintagma en la oración, aunque existe: en i.a., (3a) y (4a) son tan posibles como (3b) y (4b):

- 3 (a) þes cyninges ealdormann
el caudillo del rey
(b) se ealdormann þes cyninges

- 4 (a) fægere freoðoburh
hermosa fortaleza

- (b) freoðoburh fægere (Quirk & Wrenn 1957:88)

(3b) y (4b) se consideran formas marcadas, frente a las «neutras» representadas por (3a) y (4a). Sin embargo, aquí podemos hacer las mismas

consideraciones que respecto a la oración en su conjunto. Lo cierto es que existen diversas posibilidades de ordenación aunque operativamente sea posible verlas como modificaciones sobre un orden básico. Como creo que ha quedado ya suficientemente claro, aquí he adoptado otra forma de ver las cosas: no existe ese orden básico modificable, sino que la interrelación de determinados factores determina todo orden, incluyendo el de la forma de máxima estabilidad.

La inexistencia prácticamente total de posibilidades diversas de ordenación en los niveles morfológico y fonológico parece tener una clara relación con su grado de iconicidad, prácticamente inexistente. Esto nos permite postular el siguiente principio general:

5. LA LIBERTAD DE ORDENACION DE UN ELEMENTO ES PROPORCIONAL A SU ICONICIDAD.

Si el grado de iconicidad es alto porque se trata de elementos más estrechamente relacionados con la estructura de la realidad, el grado de libertad es comparable al que gozan la realidad misma y/o su categorización por el ser humano; mientras que según nos alejamos del «reflejo de la realidad», según los elementos van siendo menos icónicos, la libertad disminuye. Los elementos más característicamente lingüísticos son los menos icónicos y por ello han sido elegidos tradicionalmente como objeto de estudio por la lingüística «autónoma»; parecen estar sometidos a unos principios de funcionamiento especiales que restringen las posibilidades de intervención voluntaria del hablante. Los niveles gobernados por una actividad cognitiva «puramente lingüística» (*modular* en el sentido de Fodor (1983)) muestran una ordenación fija quizá porque la información que proporcionan al oyente debe ser asimilada por éste con menor (o ningún) apoyo en la realidad.

2. ORDEN EN INGLES ANTIGUO Y SUS CAMBIOS

2.1. *Problemas generales*

Suele considerarse el orden (S)OV como *básico* en i.a., aunque no es el dominante: en (6)

6. se cyning clipode þone ealdormann
el rey llamó al caudillo

tenemos la posición más habitual de los elementos. El verbo final de (7) resulta claramente marcado:

7. se cyning pone ealdormann clipode
parece limitado a ciertas proposiciones subordinadas y a algún raro orden narrativo⁵, del mismo modo que

8. þone ealdormann clipode se cyning
muestra un orden claramente marcado, con tematización o focalización

del objeto directo. Un problema adicional es que en lenguas a las que sólo tenemos acceso en su forma escrita es prácticamente imposible encontrar las oraciones transitivas prototípicas ideales que corresponderían al *orden básico*.

El tipo SVO, por otra parte, al que se supone pasa el inglés desde una fase anterior SOV, se caracteriza por su indefinición: estas lenguas pueden tener AN o NA, GN ó NG, etc; pero pueden contar además con ambas posibilidades a la vez: el inglés moderno es GN y NG, el castellano es AN y NA aunque siempre (o casi siempre) haya una forma predominante, es decir *de máxima estabilidad*. Existen correlaciones dentro del tipo SVO (cf Dryer 1991, 1992; Croft 1990) y parece que desde la consideración del orden como determinado por O y V solamente, SVO correspondería básicamente a VO⁶; pero todo ello no impide que SVO sea mucho más variable, menos estable, que los dos órdenes extremos, de verbo inicial o final. De acuerdo con René Thom (1973, 1988) ésto se debe a que en las lenguas de verbo inicial se adopta una perspectiva centrada en el productor mientras que verbo final es indicativo de perspectiva centrada en el receptor. SVO sería entonces una forma de compromiso, inestable por su misma naturaleza. En TC sería explicable en virtud de la *catástrofe de mariposa* (Bernárdez 1992), que contiene un espacio de compromiso escasamente estable entre los dos atractores principales (aquí, V inicial vs V final).

De acuerdo con la opinión habitual, en el cambio del ordenamiento de elementos sintagmáticos del i.a. al i.mod. encontramos una permanencia que apuntaría a un orden básico SOV en la lengua antigua que ha sufrido algunas modificaciones. Las siguientes son algunas correspondencias en el paso i.a. → i.mod. aunque según Dryer (1991, 1992) los órdenes indicados aquí con un asterisco no pueden considerarse correlaciones significativas.

10. AN/NA → AN*
- GN/NG → NG/GN
- DemN/NDem → DemN*
- NRel → NRel
- NumN → NumN
- PrepN → PrepN

Cuando se indican dos posibilidades, la primera es la más frecuente. Sólo la presencia de preposiciones y el orden NRel desdicen de un orden SOV. El único cambio realmente significativo producido en el tránsito SOV → SVO parece ser la posibilidad de posponer el genitivo al nombre; posibilidad que, por otra parte, tampoco era inusitada en i.a., como se aprecia en (9):

9. in leornunge haligra gewrita
en el aprendizaje de las sagradas escrituras (Rot 1982: 279)

La situación es prácticamente la misma que en antiguo nórdico, con considerable libertad de ordenación en la oración y dentro de los sintagmas; también en nórdico el cambio más significativo ha sido el aumento de la *preferencia* por NG frente a la forma preferida más antigua GN.

¿Qué ha sucedido entonces, en el caso del islandés como en el del inglés? Básicamente, que algunas formas marcadas en la fase anterior han pasado a ser no-marcadas en la lengua moderna y viceversa. Sin embargo, no podemos olvidar la dificultad de saber con exactitud hasta qué punto era o no marcado un orden en una lengua que solamente podemos juzgar a través de textos escritos. La frecuencia de aparición de un determinado orden puede ser indicativa de su carácter no marcado pero, como también hemos visto, resulta muy difícil hacer abstracción de los factores contextuales, estilísticos etc; puede ser que un determinado orden sea infrecuente porque los textos que poseemos no reflejan más que construcciones de tipo «marcado de determinada manera», algo señalado también por Bean (1983) y Rögnvaldsson (1990)

En cuanto al orden de los sintagmas en la oración, encontramos prácticamente las mismas posibilidades en i.a. e i.mod.. De los 9 tipos identificados por Bean (1983), los 6 más frecuentes también existen en inglés actual, y la mayoría de los restantes puede encontrarse en conversación informal. Se mantienen básicamente los siguientes (cf Bernárdez 1992; Quirk *et al* 1985): X'VS', SVX, X'SV, OSV, OVS, SXVX. Los más frecuentes, en el corpus analizado por Bean, son SVX (35%) y X'VS (28%), que resultan ser también los habituales en inglés moderno. La diferencia es que mientras en i.a. no parecen poderse identificar especiales restricciones a los órdenes «menores», en inglés moderno éstos se encuentran limitados sintáctico-semánticamente y/o a registros cultos marcados, como por ejemplo la inversión verbo-sujeto (cf Birner & Ward 1992).

Parecería que determinados tipos de orden, han pasado de ser «escasamente marcados» en i.a. a poseer un grado muy elevado de «marca» en i.mod. Es decir, lo mismo que hemos encontrado en los cambios que afectan a los ordenamientos en el nivel sintagmático. De modo que podríamos postular la hipótesis general siguiente, que explicaría el proceso de cambio de orden en cualquier nivel:

10. EL CAMBIO DE ORDEN REPRESENTA FUNDAMENTALMENTE UNA ALTERACION EN EL GRADO DE MARCA.

Ahora bien, se hace preciso explicar por qué se produce una alteración en el grado de marca, lo que viene a ser lo mismo que preguntar por las condiciones de que éste depende.

Sin entrar aquí en la compleja problemática de este tema, me limitaré a señalar que todo elemento marcado lo es porque depende de unos conjuntos determinados de valores de parámetros de distintos tipos, por ejemplo estilísticos pero también de otra clase: una forma puede ser marcada por la intervención de un parámetro del tipo «cortesía», como en el caso del japonés donde toda oración implica determinado grado de cortesía hacia el oyente y la persona de que se habla (cf Bowring & Lowrie 1992, también Belinchón *et al* 1992: 651). En i.a., frases como:

11. ond þone here gelliemde, and þa hereþya ahreddon

y al ejército puso-en-fuga, y el botín rescataron
(*Anglo-Saxon Chronicle*, A. 894; en Rot 1982: 431)

caracterizadas por el orden O(S)V están marcadas «narrativamente»: indican que el agente es el mismo de la acción anterior* y que las acciones representadas por los verbos *gefliemde/ahreddon* son parte de un conjunto iniciado con anterioridad, normalmente en una oración con orden SVO; en este caso, (11) está precedido por (12):

12. þa forrad sio fierd hie foran (...)
entonces interceptó el ejército a-ellos delante (Rot, *ibidem*)⁹

Ahora bien, ¿no sería posible interpretar los distintos órdenes posibles por la acción de esos parámetros que convierten a una forma en más o menos marcada? Esta forma de proceder nos lleva a una tercera propuesta:

11. LA POSIBILIDAD DE MARCA DE UN ELEMENTO LINGÜÍSTICO DEPENDIENTE DIRECTA Y PROPORCIONALMENTE DE SU GRADO DE ICONICIDAD.

Esto es: los elementos de mayor carácter icónico permiten la intervención de los factores responsables de la marca en mayor medida que los elementos menos icónicos. Lo que se aprecia es que el texto puede mostrar mayores niveles de variación como consecuencia de la marca que las oraciones, y los fonemas, en el último lugar, apenas son susceptibles de marca¹⁰. En el texto, por su parte, el «orden básico» es prácticamente imposible de identificar y lo que tenemos son innumerables variantes (pragmáticamente) marcadas. La oración ocupa una posición intermedia.

2.2. La cuestión del Objeto sintáctico en i.a.

Hasta ahora hemos operado con los tres elementos tradicionales, S(ujeto), V(erbo) y (O)bjeto (directo), lo que implica una toma de postura esencialmente sintáctica. Pero si tenemos en cuenta la distinción establecida en la gramática funcional de DIK entre *funciones sintácticas* Sujeto y Objeto y *funciones semánticas* como *Agent*, *Goal*, *Recipient*, *Source* etc, más adecuada para un enfoque no estricta ni autónomamente sintáctico como el presente, podemos encontrar un apoyo más a los postulados que se enuncian aquí. Si una lengua carece de función sintáctica S u O, no tiene sentido seguir hablando de tipos SVO, SOV etc. De acuerdo con Simon Dik, el i.mod. tiene asignación de sujeto y de objeto (*Subject and Object Assignment*) pues estas funciones sintácticas pueden realizarse por SN con diferentes funciones semánticas:

16. (a) John (AgSubj) gave the book (GoObj) to Peter (Rec)
(b) John (AgSubj) gave Peter (RecObj) the book (Go)
(c) The book (GoSubj) was given by John (Ag) to Peter (Rec)
(d) Peter (RecSubj) was given the book (GoObj) by John (Ag)

Muestran que existe independencia entre las funciones semánticas y las sintácticas: el Sujeto puede estar representado por un Agente pero tam-

bién por una función Meta (*Goal*); el Objeto puede ser Receptor, pero también Meta.

Un análisis provisional de los datos de i.a., sin embargo, parece indicar que no existía *asignación de objeto*, aunque sí de sujeto, como puede verse en los siguientes ejemplos, equivalentes a los ofrecidos para el i.mod.:

13. (a) Wulfstan (AgSubj) ageaf þæm preoste (Rec) þæt boc (GoObj)
Wulfstan dio al sacerdote el libro
(b) Wulfstan (AgSbj) ageaf þæt boc (GoObj) þæm preoste (Rec)
(c) þæt boc (GoSubj) wæs þæm preoste (Rec) agiefen
(d) þæm preoste (Rec) wæs þæt boc (GoSubj) agiefen¹¹

Si, según Dik (1989:219) «Subject function (...) is relevant to a language if and only if that language has a regular opposition between active and corresponding passive constructions», el i.a., como puede verse por (13c), posee dicha oposición; luego posee la función de Sujeto. En cuanto a la función de Objeto, según Dik (1989: 222),

a necessary condition for the recognition of distinctive Obj-assignment in a language is the existence of an opposition such as between English:

- a. John gave the book (GoObj) to Peter (Rec)
b. John gave Peter (Rec) the book (Go)

En forma semejante al comentario de Dik sobre los ejemplos correspondientes en alemán o serbocroata (1989; 1980), concluiríamos que el i.a. (como el antiguo nórdico) carece de función sintáctica de Objeto: en los ejemplos (13a-b, c-d) encontramos simple desplazamiento del SN con función de Rec y Go, sin que ello lleve consigo una asignación de objeto a Rec: esta función semántica es realizada siempre de la misma forma.

Esta situación tiene claras implicaciones para el cambio de orden de palabras: en lugar de S-V-O-X' (según la simbología de Bean (1983)), sólo tenemos elementos de tres tipos: V, S y «otros» (incluyendo O; lo que Bean indica como X). Lo que quiere decir que los seis patrones básicos de orden de palabras identificados por Bean (1983) se reducen a los cuatro siguientes: (a) XVS, (b) SVX, (c) XSV, y (d) SXVX. Podríamos resumir entonces la organización de la oración en la siguiente forma:

14. (a) (X)S(X)V(X)
(b) (X)VS

(b) sería un orden restringido, marcado, donde el verbo se antepone al sujeto y el inicio de la oración puede estar ocupado por cualquier otro elemento; (a) corresponde al parecer a un orden menos marcado, de uso más general, «más estable», con verbo pospuesto al sujeto y la posibilidad de colocación de elementos diversos en cualquiera de las demás posiciones de la oración¹². La cuestión se limitaría a la *preferencia* por comenzar la oración por V o por S. Es decir, por una presentación de los hechos centrada

en la perspectiva del productor, que se fija primeramente el proceso (en el caso de oraciones transitivas), como fenómeno más significativo (saliente) y a continuación presenta los participantes en el mismos; o una presentación dirigida al receptor, que comienza con la introducción del participante más activo para señalar después el proceso en el que participa (Thom 1973), algo muy próximo a lo que Moreno Cabrera (1990a, 1991) considera como un principio estructurador básico.

Todo esto cambiaría nuestra forma de entender los cambios del i.a. al moderno: aparte de la aparición del Objeto como categoría sintáctica (que no es problema que aquí nos interese), los cambios fundamentales en orden de palabras no son tanto el cambio de correlaciones de un orden SOV por las de SVO, sino:

- (a) un aumento de las restricciones del orden marcado VS
- (b) un aumento de las restricciones a la colocación de los elementos distintos a S y V en las oraciones SV.

3. RESUMEN Y PROPUESTA

El aumento de la preferencia por un orden más centrado en el receptor (SV) o, lo que es lo mismo, la «objetivización» de la perspectiva en que se transmiten los sucesos de la realidad, según acabamos de ver, está relacionado con la tendencia a aumentar las restricciones en la ordenación de elementos, la tendencia a un orden de palabras más fijo. Ambas tendencias, a su vez, tienen que ver con el principio de iconicidad presentado en (5) y sus consecuencias. La iconicidad se relaciona directamente con la realidad transmitida lingüísticamente y con su categorización por el ser humano. Cuando el receptor tiene un acceso a la realidad (incluyendo la cultural etc) semejante al que posee el productor, éste puede alejarse de la reproducción icónica de aquella pues tiene la seguridad de que el receptor podrá recuperarla y, en consecuencia, comprender su mensaje. Es decir, limitándonos aquí al orden de palabras, el productor gozará de una considerable libertad en la ordenación de los elementos lingüísticos. Cuando no se dan esas circunstancias, el alejamiento del orden icónico puede producir problemas de comprensión. En ese caso, el productor tenderá, para tener éxito en su comunicación, a mantenerse lo más fiel posible al orden icónico o, lo que es lo mismo, limitará su libertad de ordenación de los elementos lingüísticos.

En ambos casos, por tanto (aumento de restricciones a la libertad de ordenación; preferencia por la perspectiva del receptor en el orden de presentación de S y V), está en juego un mismo principio: la preferencia por respetar las condiciones óptimas del receptor para su comprensión del mensaje. Esto implica que el paso de i.a. a i.med. e i.mod. es, en lo que afecta a los patrones básicos del orden de palabras, un cambio de una lengua más centrada en el productor a otra centrada en el receptor. También sincróni-

camente se produce este fenómeno, con lo que se responde a una cuestión enunciada al principio de este trabajo: los mismos principios determinan la dinámica sincrónica y la diacrónica. Así, en formas de lengua caracterizadas por un grado elevado de posibilidades de acceso a la realidad del productor por parte del receptor, encontramos sistemáticamente mayor variabilidad del orden de palabras y cierta preferencia por la presentación inicial del V (lo que sucede también p.ej. en español y francés coloquiales, hasta el punto de que se habla de un cambio de este última lengua al tipo VSO).

Habría que suponer entonces que el paso del i.a. al i.med. y el i.mod. va parejo con una pérdida de accesibilidad del receptor a la realidad representada lingüísticamente por el productor; lo que efectivamente parece ser el caso. Por un lado se producen en esta época situaciones de bi- o multilingüismo (inglés-nórdico, inglés-francés, dialectos ingleses entre sí, etc) que necesariamente llevan consigo una disminución en la expectativa de ser comprendido por un nuevo interlocutor; por otro lado, los textos escritos, de los que depende todo nuestro conocimiento de la lengua de estas épocas, van alejándose cada vez más de la lengua hablada, dando lugar a la misma situación que se produce en el multilingüismo: el productor no puede precisar sus expectativas sobre las posibilidades de comprensión de su mensaje por un lector cualquiera, generalmente desconocido.

Parece en consecuencia que la hipótesis aquí presentada no es improbable: un cambio en las condiciones de uso de la lengua lleva consigo una modificación en los procesos de ordenación, al hacerse necesario tener en cuenta, en mayor grado que en el periodo anterior, las necesidades del receptor del mensaje. Señalaré finalmente que la perspectiva adoptada aquí está próxima a algunos enfoques recientes sobre el cambio lingüístico, como los presentados por Ronneberger-Sibold (1980, 1987) o, para el cambio de orden de palabras, Bichakjan (1987), aunque no coincide exactamente con ninguno de ellos.

NOTAS

¹ Este trabajo ha sido financiado en parte por el contrato de investigación DGICYT N° PS 91/0026.

² Aunque es posible que las herramientas proporcionadas por TC sean insuficientes para explicar muchos fenómenos lingüísticos en los que no parece posible hallar estados estructuralmente estables, para muchos fenómenos de cambio (y otros fenómenos dinámicos, incluyendo los sincrónicos) sí es posible hallar esas estabilidades aunque siempre, de acuerdo con lo que se ha señalado, esa estabilidad sea solamente de un grado muy bajo: el «equilibrio inestable» sería entonces lo habitual en el lenguaje.

³ Givón (1985:189) propone un *Iconicity Meta-Principle* que sería válido no sólo para los textos, sino también en el nivel sintáctico: «All other things being equal, a coded experience is easier to *store*, *retrieve* and *communicate* if the code is maximally isomorphic to the experience». Sobre el orden de palabras y los principios de iconicidad puede verse Tai (1985) y otras aportaciones a Haiman (ed) 1985.

⁴ También para Traugott & Romaine (1985) toda forma lingüística debe considerarse estilísticamente marcada. Los factores (pragmáticos etc) que influyen en el lenguaje lo hacen incluso cuando un elemento se presenta aislado.

⁵ «Raro» porque en el orden narrativo, caracterizado por verbo final, el sujeto suele ser pronominal, porque representa una continuidad temática.

⁶ Y existen propuestas de que el cambio de orden SOV a SVO tiene una fase intermedia VSO (cf Bean 1983).

⁷ X indica cualquier elemento excepto S y V; X' representa un adverbial de cualquier tipo y extensión.

⁸ Que un verbo aparezca en singular (*gefliemde*) y el otro en plural (*ahreddon*) es habitual cuando el agente/sujeto, aquí *fierd*, «tropa» es colectivo, pues se oscila entre la concordancia gramatical sg-sg y la concordancia *ad sensum*.

⁹ Con inversión, prácticamente automática cuando la oración es iniciada por *þa*.

¹⁰ Evidentemente, aquí estoy operando con un concepto de marca de carácter pragmático/comunicativo, no formal. Es decir, no se trata de que /d/ sea elemento marcado y /t/ no-marcado porque /d/ tiene un rasgo distintivo más que /t/, o que el plural sea marcado frente al singular por contar, por ejemplo, con un morfema extra. Sin embargo, creo que en el fondo este tipo de marca puede obedecer a principios bastante semejantes a los responsables de la marca pragmática. Opinión semejante se encuentra en Comrie 1986, quien ve el fundamento de las estructuras marcadas en una «marca» de la realidad extralingüística transmitida: «...one can often establish a correlation between linguistic markedness and situational markedness, i.e. that those constructions that involve less formal markedness linguistically correspond to those extralinguistic situations which -in fact or in our conceptualization of those situations- are more expected» (p. 104). Estas ideas enlazan perfectamente con la perspectiva expuesta por Thom en varios de sus trabajos, especialmente (Thom 1988).

¹¹ El inglés antiguo restringe considerablemente la posibilidad de expresar el agente en construcciones pasivas.

¹² Este análisis nos aproxima al que realiza la GGT actual, donde O no es en realidad sino un SN (dependiente del nudo SV, simplificando mucho) sometido a las condiciones de movimiento (*Move a*) generales para los SN. Sólo el sujeto tiene una posición y un estatus especiales respecto al verbo (cf González Escribano 1991). En este análisis, como en el funcional, sólo habría dos tipos de orden «básico»: SV y VS, que pueden interpretarse desde la perspectiva de la polarización hablante-oyente propuesta por Thom como orden *receptivo* y orden *productivo* respectivamente.

BIBLIOGRAFIA

- Ballmer Th.T. 1985. «Introduction». En Ballmer (ed): *Linguistic Dynamics. Discourses, Procedures and Evolution*. Berlin/New York: Walter de Gruyter. 1-25.
- Bean M.C. 1983. *The Development of Word Order Patterns in Old English*. London: Croom Helm.
- Belinchón M., A. Riviere, J.M. Igoa, 1992. *Psicología del lenguaje. Investigación y teoría*. Valladolid: Trotta.
- Bernárdez E. 1992. «Can Catastrophe Theory provide adequate explanations for language change?» Paper read at 7th ICEHL, Valencia.
- Bichakjan B.H. 1987. «The evolution of Word Order: A pedomorphic explanation». En Ramat G., O. Carruba, G. Bernini (eds): *Papers from the 7th Inter-*

- national Conference on Historical Linguistics*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins. 87-108.
- Birner B.J., G.L. Ward 1992. «On the interpretation of VP inversion in American English». *Journal of Linguistics* 28,1: 1-12.
- Bowring R., H.U. Laurie 1992. *An Introduction to Modern Japanese*. Cambridge: C.U.P.
- Comrie B. 1986. «Markedness, Grammar, People, and the World». En Eckman F.R., E.A. Moravcsik, J.R. Wirth (eds), *Markedness*. New York: Plenum Press. 85-109.
- Croft W. 1990. *Typology and Universals*. Cambridge: C.U.P.
- Dik S.C. 1980. *Studies in Functional Grammar*. London: Academic Press.
- Dik S.C. 1989. *The Theory of Functional Grammar. Part I: The Structure of the Clause*. Amsterdam: Foris.
- Dryer M.S. 1991. «SVO languages and the OV:VO typology». *Journal of Linguistics* 27, 2: 443-482.
- Dryer M.S. 1992. «The Greenbergian word order correlations». *Language* 61,1: 81-138.
- Enkvist N. 1984. «Textualization as conflict and conspiracy». En: *Conference on Linking in Text*: 26-29.
- Enkvist N. 1987. «Text strategies: single, dual, multiple». En R. Steele, T. Threadgold (eds), *Language Topics*. Amsterdam: John Benjamins.
- Fodor J.A. 1983. *La modularidad de la mente*. Madrid: Morata 1986.
- Givón T. 1984. *Syntax. A Functional Typological Introduction*. Amsterdam: John Benjamins.
- Givón T. 1985. «Iconicity, isomorphism and non-arbitrary coding in syntax». En Haiman (ed): 187-219.
- González Escribano J.L. 1991. *Una teoría de la oración*. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- Haiman J. (ed) 1985. *Iconicity in Syntax*. Amsterdam: John Benjamins.
- Hawkins J.A. 1983. *Word Order Universals*. San Diego: Academic Press.
- Itkonen E. 1983. *Causality in Linguistic Theory*. London: Croom Helm.
- Li Ch.N. (ed) 1975. *Word Order and Word Order Change*. Austin & London: University of Texas.
- Lüdtke H. 1980a. «Sprachwandel als universales Phänomen». En Lüdtke (ed): 1-19.
- Lüdtke H. 1980b. «Auf dem Wege zu einer Theorie des Sprachwandels». En Lüdtke (ed): 182-252.
- Lüdtke H. (ed) 1980. *Kommunikationstheoretische Grundlagen des Sprachwandels*. Berlin/New York: Walter de Gruyter.

- Mallinson G., B.J. Blake 1981. *Language Typology. Cross-linguistic Studies in Syntax*. Amsterdam: North Holland.
- Moreno Cabrera J.C. 1990a. «Hacia una explicación funcional de la tipología del orden de palabras». *Actas de las I Jornadas de Lengua y Literatura Inglesa y Norteamericana*. Logroño: C.U.R. Páginas 139-149.
- Moreno Cabrera J.C. 1990b. «Polarización: ensayo de sintaxis universal». En Martín Vide C. (ed) *Lenguajes Naturales y Lenguajes Formales V*. Vol. I: 217-231.
- Moreno Cabrera J.C. 1991. *Curso universitario de lingüística general. Tomo I: Teoría de la gramática y sintaxis general*. Madrid: Síntesis.
- Nöth W. 1983. «Systems theoretical principles of the evolution of the English language and literature». En Davenport M., E. Hansen, H.F. Nielsen, (eds) *Current Topics in English Historical Linguistics (2nd ICEHL)*. Odense: Odense U.P.: 103-122.
- Quirk R., C.L. Wrenn 1957. *An Old English Grammar*. London: Methuen.
- Quirk R. et al. 1985. *A Comprehensive Grammar of English*. London: Longman.
- Rögnvaldsson E. 1990. *Um orðaröð og færslur í íslensku*. Reykjavík: Háskóli Íslands.
- Ronneberger-Sibold, E. 1987. «A performance model for a natural theory of linguistic change». En Ramat/Carruba/Bernini (eds): 517-533.
- Ronneberger-Sibold, E. 1980. *Sprachverwendung - Sprachsystem. Ökonomie und Wandel*. Tübingen: Niemeyer.
- Rot S. 1982. *Old English*. Budapest: Tankönyvkiadó.
- Santa Cruz J. 1989. *Psicología del Lenguaje. Procesos*. Madrid: U.N. E.D.
- Siewierska A. 1988. *Word Order Rules*. London: Croom Helm.
- Siewierska A. 1991. *Functional Grammar*. London: Routledge.
- Spiro R.J., B.C. Bruce, W.F. Brewer (eds) 1980. *Theoretical issues in reading comprehension*. Hillsdale N.J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- Steele S. 1975. «On some factors that affect and effect word order». En Li (ed): 197-268.
- Tai J. H.-Y. 1985. «Temporal sequence and Chinese word order». En Haiman (ed): 49-72.
- Taylor J. R. 1989. *Linguistic Categorization*. Oxford: Clarendon Press.
- Thom R. 1973. «Sur la typologie des langues naturelles: essai d'interprétation psycho-linguistique». En Gross M., Halle M., Schützenberger M.P. (eds) *Formal Analysis of Natural Languages*. den Haag: Mouton. 233-248.
- Thom R. 1977. *Estabilidad estructural y morfogénesis*. Barcelona: Gedisa 1987.
- Thom R. 1982. «Thème et sujet grammatical d'une phrase». En Bertaux C. et al. *Linguistique et Mathématiques*. Berne/ Francfort: Peter Lang. 51-60.

- Thom R. 1988. *Esbozo de una semiología*. Barcelona: Gedisa 1990.
- Tomlin R.S. 1986. *Basic Word Order. Functional Principles*. London: Croom Helm.
- Traugott E. Closs, S. Romaine 1985. «Some questions for the definition of «style» in socio-historical linguistics». *Folia Linguistica Historica* 6/1: 7-40.
- Valle F., F. Cuertos, J.M. Igoa, S. del Viso (eds) 1990. *Lecturas de psicolingüística. I. Comprensión y producción del lenguaje*. Madrid: Alianza.
- Vega, M. de, M. Carreiras, M. Gutiérrez-Calvo, M^a L. Alonso-Quecuty 1990. *Lectura y Comprensión. Una perspectiva cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Wagensberg J. 1989². *Ideas sobre la complejidad del mundo*. Barcelona: Tusquets.